

Crónica literaria

Colaboración de Ricardo A. LATCHAM

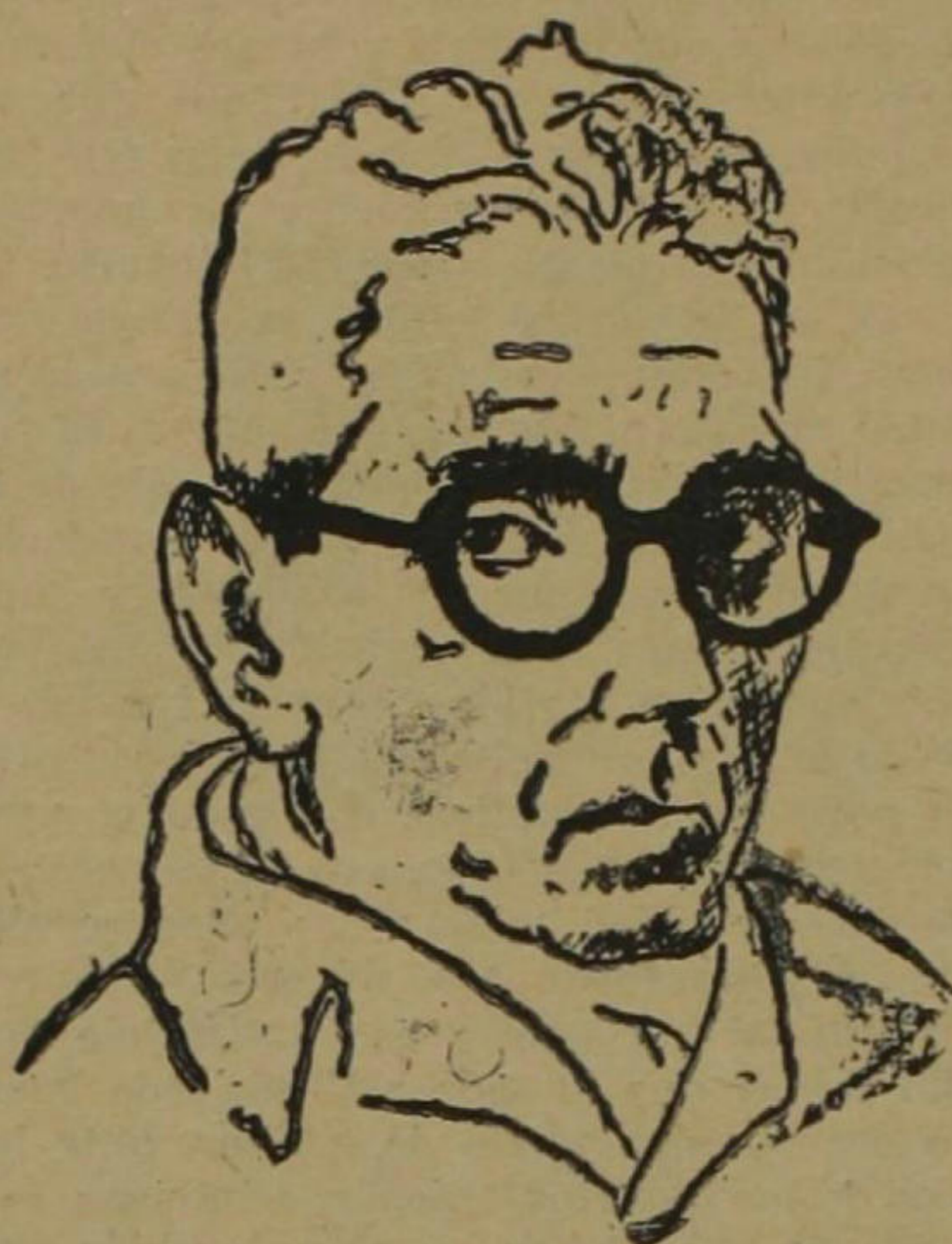
Ermilo Abreu Gómez pertenece a una generación de escritores mexicanos que han sentido las cosas de su tierra de modo nuevo y acendrado. Nació en Mérida, Yucatán, en 1894, y desde joven vivió en México entregado a una dura lucha con el medio incomprensivo y, a veces, hostil. En sus mocedades cultivó el teatro y después se consagró a la crítica, realizando una tarea interpretativa de viejos valores literarios, como Peón y Contreras, Sigüenza y Góngora, Ruiz de Alarcón y Sor Juan Inés de la Cruz. Son famosos en el campo del hispanismo actual sus magníficos estudios acerca de la gran escritora barroca y han provocado polémicas de interés por sus atrevidas conclusiones.

Pero donde Abreu Gómez ha llegado a ocupar un sitio de excepcional relieve es en el terreno de la novela y el cuento. Así lo demuestran sus *Cuentos de Juan Pirulero* (1939), el bellissimo relato *Canek* (1940), sus *Héroes Mayas* (Zamná, Cocom, Canek) (1942), *Quetzalcóatl* (Sueño y Vigilia) (1947) y la reciente narración *Naufragio de Indios*. También su libro *Sala de Retratos* (1946) constituye un conjunto de apuntes y descripciones de gran precisión que, a veces, capta los rasgos de las personas que enfoca con fino humor y aguda destreza.

En *Naufragio de Indios* el tema es histórico, el medio que refleja el de su tierra yucateca y el episodio que evoca es de un período intenso del Imperio de Maximiliano. El procedimiento es parecido al que utilizó en su ya clásico *Canek*, de trasfondo social, pero con inolvidable emoción humana. Aquí los rasgos de los personajes, desfigurados hasta lo caricaturesco cuando conviene a su intención, recuerdan el método de Valle Inclán en sus renombrados "esperpentos". Pero Abreu Gómez sabe traspasar a todo lo que toca su pluma de algo mágico que fluye de su estilo, depurado hasta el sacrificio de cuánto puede ser estéril ejercicio retórico o superflua licencia descriptiva.

Octavio G. Barrera dijo en la Carta-Prólogo a su *Sala de Retratos* que es un panfletista, un comunicante y un comunicador. Eso lo comprobamos en un largo trato con Abreu Gómez durante una común residencia en Middlebury College, en los Estados Unidos, donde se empezó *Naufragio de Indios* y pudimos apreciar sus métodos de trabajo intelectual. Raras veces coinciden en un hombre de letras semejantes virtudes, de raro linaje. Es un conversador sin par, de esos que tienen siempre asegurada la audiencia. Sabía imponerse a públicos que estaban ayunos de los matices del castellano, que en su verba cobraban acentos y reflejos de casticismo mexicano. Las clases de Ermilo estaban pobladas por asidua clientela de oyentes rubios y nos solíamos colar de intrusos a sus lecciones de hondo significado. En Santiago de Chile, durante una breve visita, dió una soberbia y sintética conferencia en el Instituto Pedagógico de la Avenida José Pedro Alessandri sobre el teatro de Ruiz de Alarcón, cuyos problemas desmenuzó como un relojero de la crítica.

Suelen los buenos prosistas ser de moderada elocuencia, pero esto no rige con el autor que ha provocado en su patria un



Ermilo Abreu Gómez
(1952)

fenómeno espiritual bautizado con el nombre de "ermilismo". Lo coloquial, por eso, cobra en sus libros una veracidad y colorido que en *Naufragio de Indios* son uno de sus mayores atractivos. La trama está labrada con hechos reales del pasado, transfigurados por el arte recreador de Abreu Gómez. Una historia de amor entre Carlos, de ideas liberales, y la hija de un cacique oportunista, don Torcuato, casado con doña Sinforosa, de plebeya estructura, que apenas disimulan sus talleas. La niña Hortensia, fina estampa romántica, ayuda a su novio contra las ideas de la familia y acaba identificándose con sus sentimientos generosos y republicanos. Pero el fondo social de *Naufragio de Indios* fluye de un episodio insertado en el argumento y que hila sus intrigas con realismo costumbrista: la llegada al puerto de San Blas de unos emisarios franceses del imperio de Maximiliano que van a preparar una costosa recepción a Su Majestad la Emperatriz Carlota. Todo el mundillo burgués de Mérida y sus contornos se disponen a presentar sus saludos a los representantes de un régimen extranjero y resistido por el pueblo. La lucha entre liberales y monárquicos está descrita con gran fuerza y culmina en un motín de las gentes de abajo, llámense estos léperos, pelados o simplemente plebe. El novelista concluye la acción en el instante en que el navío "Lafontaine", abarrotado con los prisioneros indios que embarcaron allí las autoridades, se hundió con su cargamento. Final trágico que justifica el título de la obra y rubrica dramáticamente a los otros episodios, en que se regodea el espíritu crítico de Abreu Gómez.

El rumbo general de la novela es satírico y la precisión severa del estilo de su autor se exhibe gustosa a través de una exposición limpia y ceñida. Abundan los caracteres y los contrastes desde el oportunista de todos los tiempos simbolizado por don Torcuato y ese inolvidable don Castrín, que recuerda los tonos populares de la prosa mexicana de Fernández de Lizardi, hasta otros nobles y entrañados, como la niña Hortensia, su novio Carlos, el severo y cristiano Padre Avila, su hermana doña

Naufragio de indios. Por Ermilo Abreu Gómez. (Ediciones Botas, México 1951).

x

Celia, mujer cabal y la criada doña Nicha que ayuda a su patrona en sus amores con el caudillo rebelde. Hay también tipos de apicarada estirpe: don Policarpo, hecho para "las cosas seguras y firmes"; Caralampio, bribón de cuidado, que en su juventud fué político y de los buenos, es decir, de los que son capaces de disimular cualquier doctrina, con tal de sacar adelante su propia ambición; doña Luperna, recogedora de chismes y novedades; doña Amadesia, hembra rijosa y desvergonzada, y su marido, don Folías, estampa grotesca del cornudo, complaciente siempre con los descarados amores de su mujer y el coronel Saguaripa, tipo de bravucón que, como ninguno, emblematisa la corrupción de un régimen político.

Abreu Gómez ha sacado partido de tan vasta galería humana y en el retablo de sus títeres caben las deformidades morales y las sublimidades angélicas en pronunciada oposición. El tono a veces cobra intensidad y podemos registrar escenas de vivo realismo: la primera fiesta dada en casa de don Torcuato al regresar éste de su rancho de San Antonio, con acopio de materiales grotescos y adecuados a la sátira; la tertulia de los nobles en la mansión de don Gonzalo Mendiola, Conde de Buenavista, con su rueda de amigos y personajes partidarios del Imperio, todos severamente impregnados de la atmósfera patricia, que contrasta con el arribismo de los camaradas del astuto D. Torcuato; el motín de la plebe y el asalto sangriento al cuartel donde resisten las tropas del coronel Saguaripa y halla la muerte el padre de la niña Hortensia, y la vigorosa estampa del naufragio en que perecen los indios prisioneros junto con los soldados que los custodiaban.

Las ansias rebeldes de Abreu Gómez surgen siempre bajo el decoroso velo de un estilo transparente que posee todos los recursos de un arte singular.

No podemos resistir a la tentación de citar algunos fragmentos que ilustran su evocador encanto. Por ejemplo esta descripción tropical: "El ambiente era manso y bochornoso. Se sentía la tibieza húmeda, ácida, propia de las tierras tropicales. De cuando en cuando llegaba el hedor de las aguadas lejanas. La respiración era difícil. Las hojas dejaban ver trozos de nubes. Algunos murciélagos cruzaban el cielo, derramando gritos amarillos. (Para mí, secretos de la infancia, el grito de los murciélagos es amarillo, como el canto de los gallos es rojo, como el croar de las ranas es gris. Las asociaciones de imágenes no tienen, diría yo, estancos o compartimentos; se dan confusos, abigarrados y unos y otros se solicitan o se repelen. A veces provocan resonancias externas que no dejan de sorprendernos. El mundo que habita el alma es complejo y no se deja encasillar. Además nadie me quita de la cabeza que los murciélagos son los duendes de que hablan los cuentos. La prueba está en que si se les hace la señal de la cruz se espantan y huyen. Una vez la hice a uno que aprisioné y me mordió. Tal vez no la hice bien o el maldito es hereje. Todo es posible). Entre la verdura del lugar se percibía un enjambre de cocuyos y, a lo lejos, se oía un can-

(Concluye en la pág. 348)